

«Un intento desesperado de prolongar los actuales estilos de vida»

El extractivismo, es decir, la explotación de recursos naturales y materias primas para la exportación, ha sido un motor clave del desarrollo industrial en el Norte Global y forma parte de un «modelo de desarrollo» en el que el Sur Global queda rezagado. Eduardo Gudynas, uno de los pensadores más influyentes de América Latina, habla con Anderson Sandoval, ponente del CIR, sobre las consecuencias ecológicas y sociales de las medidas europeas para suministrar materias primas a Sudamérica. Y sobre posibles alternativas.

Entrevista: Anderson Sandoval (CIR), texto y traducción: Joana Eink (CIR)

La guerra de agresión rusa en Ucrania continúa y no es sólo una preocupación para Europa. Está influyendo en la política mundial y en el comercio global. ¿Qué impacto está teniendo la guerra en el desarrollo y el medio ambiente en América Latina?

Los efectos son múltiples. Además de los efectos comerciales, como el aumento del precio de los fertilizantes o el incremento de las exportaciones de carbón de Colombia, la guerra también supone un cuestionamiento del ideal de globalización liberal basado en el modelo occidental. Países como Rusia, China, Irán y, en cierta medida, India cuestionan los ideales europeos. América Latina ha estado durante décadas bajo la influencia de Europa y Estados Unidos y ahora se encuentra desgarrada de una manera que no se reconoce claramente. Al mismo tiempo, la influencia de China en América Latina no deja de aumentar, sobre todo en lo que respecta a la situación económica y al futuro de los recursos naturales y los territorios. Por un lado, crecen las críticas y el hartazgo ante la influencia del Norte; por otro, hay que reconocer que, en el marco del modelo político chino, cuestiones como la diversidad de género y el respeto a los derechos humanos se están quedando en el camino.

Pocos meses después del estallido de la guerra en Ucrania, se ha acelerado la implementación de políticas públicas en Europa, como la ley europea sobre materias primas críticas para asegurar el acceso europeo a los recursos necesarios para la transición verde ¿Qué cambios traerá a América Latina este renovado interés por ciertas materias primas consideradas "críticas" para la transición verde?

El plan de la Unión Europea se refiere a varios sectores. Para los grandes exportadores de alimentos, como Brasil, Argentina, Uruguay y Paraguay, la Política Agrícola Común y la reforma del sector agrario revisten especial importancia, sobre todo la política «de la granja al tenedor». Para los países especializados en minería, son importantes las reformas en el contexto de la transición energética y la cuestión de la reducción de los combustibles fósiles.

Pero lo que me parece más interesante es que en la UE se habla constantemente de «cambio» o «transición», sobre todo de «transición justa». Pero, ¿cuáles son los objetivos deseados? ¿Cuáles son las alternativas al statu quo? Eso no está claro. En mi opinión, la razón por la que este debate no se lleva hasta sus últimas consecuencias es que la mayoría de la sociedad europea no está dispuesta a renunciar a determinados estilos de vida e ideas de desarrollo.

Es cierto que en lugar de cambiar realmente el modelo existente, se habla más bien de descarbonizar el capitalismo. Recientemente, el presidente chileno Boric estuvo en Berlín para promover su nueva estrategia del litio, que promete no sólo crecimiento sostenible y descarbonización, sino también cierta protección del medio ambiente y la superación de los conflictos sociales causados por el extractivismo. ¿Qué opina usted al respecto?

Los daños ecológicos y territoriales causados por la minería del litio son en gran medida irreparables, independientemente de que sea estatal, privada o mixta. Nunca es sostenible. Y la empresa nacional del litio prometida por Boric, que yo sepa, aún no se ha formalizado ni ha empezado a funcionar. Desde una perspectiva global, tampoco es razonable suponer que la explotación masiva de litio permitirá un cambio sustancial en los sectores de energía y transporte. ¿Por qué? Porque las reservas de litio son tan limitadas como las de hidrocarburos, por ejemplo; no bastan para alimentar todos los coches del mundo. En mi opinión, se trata pues de un intento desesperado de prolongar un poco más los modos de vida y de consumo actuales. Lo que conducirá inevitablemente a un impacto y una devastación social y medioambiental mucho mayores en los países del Sur.

¿Puede explicar a qué se refiere cuando escribe sobre el concepto de desarrollo como un mito contagioso?

La idea contemporánea de desarrollo parte de la base de que la extracción de un recurso natural para su exportación o posterior procesamiento en el país es necesaria para generar crecimiento económico, que a su vez genera más puestos de trabajo y mayores ingresos a nivel local, lo que a su vez conduce a una mejor calidad de vida. La

lógica del extractivismo como estrategia de desarrollo es ofrecer una compensación económica por los daños: «Yo te contamina, pero yo te pago». Pero está claro que este concepto no ha funcionado. Como los países siguen subordinados a la exportación de materias primas, el salto industrial nunca se ha realizado y los daños medioambientales se acumulan. No mejoramos, sino que empeoramos cada año en términos de pérdida de biodiversidad, degradación del suelo, contaminación, etc., y seguimos teniendo problemas crónicos de pobreza, exclusión, violencia y marginación. Además, este mito del desarrollo es contrario a la forma de pensar y sentir de los grupos indígenas de América Latina. La separación entre sociedad y naturaleza contradice completamente las concepciones indígenas.

Otra característica especial de América del Sur, que pasa desapercibida en Europa, es que en un período muy corto de unos 25 años se han ensayado diversos conceptos de desarrollo. Desde desarrollos neoliberales en Chile, Perú y Colombia hasta desarrollos progresistas que también han sido etiquetados como socialismo del siglo XXI, como en Venezuela, Argentina y Brasil. En Europa no hay nada comparable al progresismo de la primera ola. Nunca hubo ese tipo de régimen político con ese tipo de discurso y aspiraciones. Pero aquí en Sudamérica lo hemos visto todo. Cada uno de estos gobiernos ha tenido sus propias características. Han conseguido ciertas mejoras y han sufrido retrocesos, pero en el fondo todos eran políticos desarrollistas. Por eso los problemas ambientales territoriales y los conflictos con los grupos indígenas se han repetido constantemente.

La idea actual de desarrollo también conduce a diferentes formas de violencia en América Latina.

Existe esta noción fundamental del desarrollo como una transición de algo «atrasado» a algo «progresivo». La implicación es que el progreso es la receta contra la pobreza, y cualquiera que se oponga a esta supuesta receta para la prosperidad es marginado. La destrucción de la naturaleza y la muerte de personas no sólo se tolera, sino que se legitima. Colombia y Brasil, por ejemplo, encabezan los rankings mundiales de asesinatos de activistas por el derecho a la tierra y el medio ambiente, ¡y no pasa nada! Hay resignación y aceptación del problema. Puede que me equivoque, pero en mi opinión, la moral y los límites entre lo tolerable y lo intolerable, lo justo y lo injusto, están cambiando. Hoy se toleran niveles de violencia que antes eran totalmente inaceptables.

¿Qué alternativas ve al modelo de desarrollo imperante, basado, entre otras cosas, en el extractivismo?

No hay una respuesta rápida a esta pregunta. No existe una receta universal. Lo que tienen en común las alternativas al desarrollo se basan en el contexto histórico, cultural y ecológico de cada región. Son alternativas en las que la idea de crecimiento ya no desempeña un papel central; no son ni pro-crecimiento ni anti-crecimiento. Esto las distingue claramente del debate europeo sobre el decrecimiento, partidario de reducir el crecimiento económico. En Sudamérica ya existen propuestas económicamente viables para la transición de salida del extractivismo minero y petrolero. Por ejemplo, existen criterios precisos para la aplicación de moratorias [nota del editor: suspensión de la explotación] a nuevos yacimientos mineros o petrolíferos. Se inspiran en la moratoria petrolera de la región de Yasuní, en Ecuador. Tras años de debate, se celebró un referéndum en el que una amplia mayoría votó en contra de la extracción de petróleo en el parque nacional. Imaginemos un referéndum en una jornada electoral en Alemania sobre el cierre de las centrales eléctricas de carbón. ¡Algo innovador como esto ha ocurrido en Ecuador!

Aunque se puedan detener los proyectos extractivistas, esto no sustituye la necesidad de entradas de capital para financiar, por ejemplo, la limpieza del medio ambiente. ¿De dónde sale el dinero para tales medidas?

Tu pregunta expresa el mito persistente del desarrollo. Cuando se dice que hay que restringir el extractivismo, el reflejo es: «¡Nos quedamos sin dinero!». Sin embargo, hay numerosos estudios que demuestran que la aportación monetaria real -es decir, los ingresos públicos procedentes del extractivismo- es marginal. Además, a menudo existen subvenciones explícitas u ocultas para el sector minero. El caso más dramático es el de Bolivia, donde alrededor del 75 % de la inversión pública se canaliza hacia el sector extractivo. Se da por tanto la paradoja de que el dinero de la sociedad y del Estado acaba financiando la industria extractiva a través de subvenciones o exenciones fiscales. En países como Bolivia, Perú, Colombia o Venezuela, la dependencia de la extracción de materias primas también conlleva debilidad económica, por ejemplo en forma de necesidad de importar alimentos. Estos países son lo suficientemente ricos como para producir sus propios alimentos, pero tienen que exportar carbón y petróleo para conseguir dólares o euros con los que comprar los alimentos de los que carecen.

Además, los impactos sociales, medioambientales y territoriales del extractivismo provocan costes económicos que soporta la sociedad. Por ejemplo, si se produce un vertido de petróleo o caigo enfermo debido a la contaminación de la minería, tengo que pagar la retirada del vertido o gastar dinero en medicamentos en el médico. Así que si se reduce el extractivismo, se ahorra este dinero.

Así que el principal obstáculo para cambiar las economías de la dependencia de los recursos a sectores no extractivistas no es el dinero, porque los recursos financieros estarían ahí. Las alternativas al desarrollo dicen que en lugar de subvencionar a las

empresas mineras y petroleras, utilizaremos ese dinero para asegurar nuestro suministro de alimentos, por ejemplo, de una forma más sana, más ecológica y, por tanto, de mejor calidad.